



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

DOÑA ADELAIDA Y DON DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

¿No reparaste mi bien
el despego de tu padre?

DOÑA ADELAIDA.

Y el mal gesto de mi madre
me ha sorprendido también.

D. DIEGUITO.

¡No sé por Dios qué pensar!

DOÑA ADELAIDA.

Yo tampoco y ciertamente
para ser tan tristemente,
más valiera no cenar.

D. DIEGUITO.

¡Si vieras con qué desvío
ambos á dos me trataron
después que á mi tío hablaron!

DOÑA ADELAIDA.

¿Habló de dote tu tío?

D. DIEGUITO.

No lo sé, por vida mía,
pero me inclino á que no.

DOÑA ADELAIDA.

Cuando tan mal les sentó
la conferencia, si haría.

D. DIEGUITO.

¡No puedo olvidar su ceño!

DOÑA ADELAIDA.

Hasta Simplicio callaba
y la cabeza no alzaba
del plato.

D. DIEGUITO.

Sólo risueño
y expresivo se mostró
don Anselmo.

DOÑA ADELAIDA.

Es muy amable
y en extremo servicial.

D. DIEGUITO.

Ya ví como te cuidó.

DOÑA ADELAIDA.

La primera me servía
de todo....

D. DIEGUITO.

Siempre te hablaba....

DOÑA ADELAIDA.

Y cuando no, me miraba
y después se sonreía.

D. DIEGUITO.

No ví nunca hombre más bueno.

DOÑA ADELAIDA.

Una fineza también
le debí.

D. DIEGUITO.

¿Cuál fué mi bien?

DOÑA ADELAIDA.

Un calabacín relleno,
que sin que tú se lo vieras
de su plato separó
y por detrás me le dió.

D. DIEGUITO.

¿De veras?

DOÑA ADELAIDA.

Y tan de veras

D. DIEGUITO.

¡Bendito calabacín!

DOÑA ADELAIDA.

¿Y por qué así le bendices?

D. DIEGUITO.

Porque nos hace felices,
demostrándonos por fin,
que supiste conquistar
la voluntad de mi tío.

DOÑA ADELAIDA.

Pero entonces el desvío
no podemos explicar
de mis padres.

D. DIEGUITO.

Ya se ve.

DOÑA ADELAIDA.

¿Cuál pues su causa habrá sido?

D. DIEGUITO.

No lo sé.

DOÑA ADELAIDA.

¡Ay Diego querido!
si segura de tu fe
estuviera....

D. DIEGUITO.

¿No lo estás?

DOÑA ADELAIDA.

Entonces no temo nada.

D. DIEGUITO.

Adelaida idolatrada,
no se puede querer más,
que yo queriéndote estoy,
y aunque se oponga tu padre....

DOÑA ADELAIDA.

Y aunque se enfade mi madre....

D. DIEGUITO.

Tuyo seré.

DOÑA ADELAIDA.

Tuya soy.

ESCENA II.

DOÑ SIMPLICIO y *dichos*.

D. SIMPLICIO.

Alabo amigos queridos
vuestra envidiable cachaza.

D. DIEGUITO.

¿Y por qué?

D. SIMPLICIO.

¿Pues no notáis
la estrepitosa borrasca
que sobrè vuestras cabezas
se forma?

DOÑA ADELAIDA.

¿Vd. sin duda habla
(cuando así nos la pondera)
de la notable mudanza
que en mis padres?....

D. SIMPLICIO.

Si señora,
de la misma.

DOÑA ADELAIDA.

Es tan extraña
como repentina.

D. SIMPLICIO

Y mil
desventuras nos presagia;
jamás he visto á don Cleto
tan serio.

D. DIEGUITO.

Ni yc tan agria
á doña María.

D. SIMPLICIO.

Es verdad,
y no dijo vd, palabra
por inocente que fuese
que no lograrse enfadarla,
y á la que no replicase.

D. DIEGUITO.

Pues eso no ha sido nada
para como me trató
antes de cenar,

D. SIMPLICIO.

¡Caramba!
¿y cómo le trató á vd.?

D. DIEGUITO.

De majadero en mis barbas,

D. SIMPLICIO.

¡Jesús y qué sacrilegio!

D. DIEGUITO.

Ahí verá vd.

D. SIMPLICIO.

¿Y la causa
no sabe vd. de este enfado?

D. DIEGUITO.

Nadie puede adivinarla.

D. SIMPLICIO.

Quizá el tío. . .

D. DIEGUITO.

No señor;
él al contrario lo allana
todo, la boda apresura
y acaricia á mi Adelaidá.

D. SIMPLICIO.

Y dígame vd, don Diego
¿tiene don Anselmo larga
parentela?

D. DIEGUITO.

No era cortá,
pero en la guerra pasada
se desgraciaron tres primos,
un tío se marchó á Francia,
mi cuñado naufragó
en el canal de la Mancha,
mi hermana murió de parto,
su chica vivió semana
y media, dos entenados
perecieron en Caracas,

una prima de mi abuela
se metió monja Bernarda
otra tuvo alferecía,
otra . . .

D. SIMPLICIO.

Basta por Dios, basta
que si no, nos cuenta vd.
la muerte de media España.

D. DIEGUITO.

Como vd. me preguntó . . .

D. SIMPLICIO.

Sí, pero yo sólo hablaba
de los vivos.

D. DIEGUITO.

Ya, ya entiendo.

D. SIMPLICIO.

De rama tan dilatada
¿quedaron vástagos muchos?

D. DIEGUITO.

Solito yo . . .

D. SIMPLICIO.

¡Virgen santa!
pues dígole á vd. que tiene
epidémica prosapia.

DOÑA ADELAIDA.

Pero don Simplicio nuestro,
en tamañas circunstancias,
¿qué nos aconseja vd.?

D. SIMPLICIO.

De eso mi amistad trataba;
supongo queridos míos
que ustedes dos se idolatran
profana y constantemente.

D. DIEGUITO.

Si señor.

D. SIMPLICIO.

¡Que vuestra llama
pudiera llamarse á prueba
de bomba!

DOÑA ADELAIDA.

¡De bomba!

D. SIMPLICIO.

Para
no decir (aunque es lo mismo)
que ella está tan cimentada
que ni los riesgos la asustan
ni la oposición la apaga.

DOÑA ADELAIDA.

Verdad es.

D. SIMPLICIO.

No tengo duda
que el blanco de vuestras ansias
es el santo matrimonio.

D. DIEGUITO.

Ese mismo.

D. SIMPLICIO.

Y si se casan
ustedes ¿qué harán?

D. DIEGUITO.

¡Qué haremos!
toma, lo que todos hagan,

D. SIMPLICIO.

No pregunto eso.

D. DIEGUITO.

¿Pues qué
pregunta vd.?

D. SIMPLICIO.

Preguntaba
si cuando se verifique
el enlace, ustedes tratan
de cumplirme su promesa
y de llevarme á su casa
y de.....

D. DIEGUITO.

Esa es nuestra intención;
allí estaréis como un Papa.

DOÑA ADELAIDA.

A mesa y mantel....

D. DIEGUITO.

Servido....

DOÑA ADELAIDA.

Festejado....

D. DIEGUITO.

No se pagan
con menos vuestras finezas.

DOÑA ADELAIDA.

Contad con nuestra palabra.

D. SIMPLICIO.

Pues es una picardía.

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué dice vd.!

D. SIMPLICIO.

Una infamia.

D. DIEGUITO

¡Don Simplicio!

DON SIMPLICIO.

Una herejía.

D. DIEGUITO.

Pero hombre....

D. SIMPLICIO.

Pues no faltaba
otra cosa; separar
como quien no dice nada
dos novios que así se quieren,
y se casan con tan sanas
intenciones.

D. DIEGUITO.

Eso es cierto.

D. SIMPLICIO.

Privar también á la patria
de un sin fin de ciudadanos.

DOÑA ADELAIDA

Ya se vé.

D. SIMPLICIO.

Arriesgar dos almas
que se desesperarán,
si lo que anhelan no alcanzan.

D. DIEGUITO.

Claro está.

D. SIMPLICIO.

No les arriendo
por mi vida la ganancia
á vuestros padres. *A doña Adela.*

D. DIEGUITO.

Ni yo.

D. SIMPLICIO.

Y verán lo que les pasa.

DOÑA ADELAIDA.

Pero en fin ¿qué es lo que haremos?

D. SIMPLICIO.

Casarse.

DOÑA ADELAIDA.

¿Y cómo se zanja
los temidos contratiempos?

D. SIMPLICIO.

Con firme perseverancia.

DOÑA ADELAIDA.

¿Y si mis padres no quieren?

D. SIMPLICIO.

¿Son ellos los que se casan
acaso?

DOÑA ADELAIDA.

No, pero temo....

D. SIMPLICIO.

Amigos no temáis nada;
los riesgos, contradicciones,
contratiempos y amenazas,
son entre gente de tono
cuando se casan, la salsa
de la boda, y sólo se usa
en personas ordinarias
esto de casarse á gusto
de todos.

DOÑA ADELAIDA.

No tienen gracia
á la verdad semejantes
matrimonios.

D. SIMPLICIO.

¡Qué ventajas
no proporciona un enlace
formado á punta de lanza!
los amigos traen y llevan

recados, los padres rabian,
la parentela murmura,
los criados meten cizaña
el público se divierte,
y cuando todos se cansan
los pacientes descansados
se unen y el cuento se acaba;
así pues, dadme las manos.

DOÑA ADELAIDA.

¿La derecha?

D. SIMPLICIO.

Dadme entrambas
y entre las mías jurad
que no serán separadas.

DOÑA ADELAIDA.

Con mucho gusto . . . ; ¡ay mi Dios!
el abanico . . . mil gracias
D. Simplicio.

D. SIMPLICIO.

No hay de qué
señorita, pero calla
¡qué miro!

D. DIEGUITO.

¿Qué mira vd.?

D. SIMPLICIO.

Si la vista no me engaña
estos dos retratos son
de Abelardo y de su amada
Eloísa.

DOÑA ADELAIDA.

Sólo por eso
compré el abanico.

D. SIMPLICIO.

¡Alhaja
especial! ¡prenda divina
para aquestas ciscunstancias!

DOÑA ADELAIDA

Nueve reales me costó.

D. SIMPLICIO.

¡Oh qué cosa tan barata!
venid, venid amiguitos
y agradeced á tan rara
casualidad, la fortuna
que su presencia os prepara;
nunca mejor se pudieran
pronunciarse las palabras
de amor, constancia y firmeza
que ahora; nunca se grabaran
con mayor profundidad;
pronnciadlas, pronunciadlas;
vamos presto.

D. DIEGUITO.

Pero sí . . .

Don Simplicio.

Y vosotras escuchadlas
almas puras, almas grandes,
modelos de la más larga

y más anti-conyugal
pasión; ante vuestras aras,
promesas que se profieren
nunca quedan quebrantadas.
¿No es verdad?

D. DIEGUITO.

Si lo será;
pero hágame vd. la gracia
de decirme lo que yo
he prometido.

D. SIMPLICIO.

Constancia
indisoluble, y lo mismo
ofreció doña Adelaida.

D.^{ca} ADELAIDA.

Testigos de ello Abelardo
y Eloísa.

D. DIEGUITO.

¡Dicha extremada!
ya nada temo, pues esto
me asegura y da confianza.

ESCENA III.

DOÑA MARIA y *dichos*.

DOÑA MARIA.

¿Qué hace vd aquí?

D. DIEGUITO.

Hablar
con mi Adela y....

D.^{ca} MARIA.

¿Y se levanta
vd. y nos deja solos
por eso?

D. DIEGUITO.

Si de ensalada
no gusto.

D.^{ca} MARIA.

¿Pero y los postres?

D. DIEGUITO.

Se me iudigestan las pasas
y las almendras.

D.^{ca} MARIA.

Con todo
exige la buena crianza
que no se levante nadie
hasta que el amo de casa
se levanta, y yo no sé
como un hombre que se jacta
de atento y bien educado
se conduce así con tanta
grosería.

D. DIEGUITO.

Siempre lo hice
y hoy sólo se me regaña;
también es buena.

D.^{ca} MARIA.

Es que ya,
don Dieguito, estoy cansada

de sufrir vuestras tontunas;
vd. tomó muchas alas
y . . . pero ahora que me acuerdo
vaya usted.

D. DIEGUITO.

¿Dónde?

DOÑA MARIA.

A la sala
donde cenamos; allí
bebe su copa de andaya
mi Cleto, según constumbre,
y á don Anselmo relata
por vía de sobrecena
aquella célebre causa
criminal que defendió
y que le dió tanta fama.

D. SIMPLICIO.

¿Cuál, la del ahorcado?

D.ª MARIA

Sí,
y si don Diego no trata
de recordar á su tío
que son ya las doce dadas,
es fijo que no se acuesta
hasta pasado mañana.

D. SIMPLICIO.

¡Oh! sí don Cleto se empeña
en concluirlo

D.ª MARIA.

No acaba
nunca, figúrese usted
que aun estaba en la sumaria

D. SIMPLICIO.

¡Jesús!

D.ª MARIA.

¿Qué no se va usted?

D. DIEGUITO.

Iré, pero . . .

D.ª MARIA.

Qué bobada,
vaya usted y no replique.

D. DIEGUITO.

Voy pues.

ESCENA IV.

Dichos menos D. DIEGUITO.

D. SIMPLICIO.

Si no se enfadara
usted quizá la dijera
que es en verdad muy extraña
esa acritud con don Diego
y

DOÑA MARIA.

Amigo vd. la aprobára
si supiera

DON SIMPLICIO.

Siendo un joven
de tan grandes esperanzas....

DOÑA MARIA.

Buenas esperanzas son
las tuyas.

DON SIMPLICIO.

Y que ganada
tiene ya la voluntad
de la niña

DOÑA MARIA.

Vd. se cansa
inútilmente si quiere
justificarle.

DON SIMPLICIO.

Me pasma.
esa dureza, ese enfado.

DOÑA MARIA

Son grandísimas sus faltas,
tiene mil defectos.

D^{ca} ADELAIDA.

¿Ya
acaso los ignoraba
vd? sus impertinencias,
rarezas, extravagancias,
necedad, mala figura
y ridícula jactancia,
¿no fueron decidme el tema
de todas nuestras diarias

y ocultas conversaciones?
¿no era yo quien repugnaba
tal enlace? ¿no fué vd.
quien ponderó sus ventajas?
¿no decidió en familia
que para marido basta
con tener....?

DOÑA MARIA.

Ese es el caso
que el hombre no tiene nada.

D. SIMPLICIO.

Pero tendrá.

DOÑA MARIA.

No señor,
no tendrá, porque se casa
D. Anselmo.

D^{ca} ADELAIDA.

¡D. Anselmo!

D^{ca} MARIA.

Si querida, y solo tarda
en casarse lo que tarde
en hallar una muchacha
que se te parezca.

D. SIMPLICIO.

¡Calle!

¿y él lo dijo?

D^{ca} MARIA.

En nuestras barbas

D. SIMPLICIO.

Según eso mujer quiere
y no sobrina.

D.^{ra} ADELAIDA.

Apostara
cualquier cosa á que el amor
le cosquillea.

D.^{ra} MARIA.

No te engañas,
porque mucho me equivoco
ó le prendaron tus gracias.

D. SIMPLICIO.

Ojalá.

D.^{ra} ADELAIDA.

Pero sus años . . .

DOÑA MARIA.

No son tantos, que no pasan
de cincuenta.

D. SIMPLICIO.

Y si se muere
que se muera, ¡linda tacha
sus bienes le sobreviven!

D.^{ra} MARIA.

Peor fuera que se casara
con otra y

D.^{ra} ADELAIDA

Pero decidme,
¿su voluntad está clara?

D.^{ra} MARIA.

En cuanto á casarse, sí.

D.^{ra} ADELAIDA.

Eso es malo.

D.^{ra} MARIA.

Y tú le agradas,
no lo dudes, y si sabes
catequizarlo, le atrapas.

D. SIMPLICIO.

Silencio, porque ellos vienen.

D.^{ra} MARIA.

Observemos sus miradas,
veamos sus movimientos,
retengamos sus palabras,
para que luego formemos
con acierto nuestro . . .

ESCENA V.

D. ANSELMO, D. CLETO,

D. DIEGUITO, y dichos.

D. CLETO.

Vaya

y cómo se pasa el tiempo,
¡quién diablos se imaginara,
que era la una de la noche!

D.^{ra} MARIA.

Tu reloj siempre se atrasa
cuando agitas la sin hueso.

D. CLETO.

Confieso, sin repugnancia
mi pecado, yo no soy
disputador ni machaca,
ni . . . pero cuando se toca
una materia agraciada
y festiva, como pleitos,
procesos, autos, demandas,
alegatos, conclusiones,
sentencias, cargos, probanzas,
y en fin cosas que no tienen
consecuencia, no acabara
en dos meses.

D. ANSELMO.

Son muy buenas
para aquel que no las paga.

D. CLETO.

Ya se vé.

D.^{ra} MARIA.

Pero el señor
hizo una larga jornada,
y descansar necesita.

D. ANSELMO.

¡Quién señora no descansa
en tan buena compañía!

D.^{ra} MARIA.

¡Cumplimientos!

D. ANSELMO.

No se llama
lisonja, lo que los labios
dicen, si lo siente el alma.

DOÑA MARIA.

¡Oh qué fino es D. Anselmo

D. SIMPLICIO.

¡Qué atento!

D.^{ra} ADELAIDA.

¡Qué amable!

D. ANSELMO.

Nada

tiene de particular
lo que dije.

DOÑA MARIA.

¡Con qué gracia
se defiende!

DOÑA ADELAIDA.

¡Qué modestia
es la suya!

D. CLETO.

¡Y qué cristiana!

D. DIEGUITO. *Aparte*

¡Lo que quieren á mi tío!

D. ANSELMO.

Con todo, como estas damas
es fuerza que se recojan,
y á fuer de bien educadas
no lo harán, hasta que yo
dé ejemplo, voyme á la cama.

D.^{ca} MARIA.

Si sí, lo mejor es eso.

D. CLETO. *A doña María*

Supongo que nada falta
en la alcoba del señor.

D.^{ca} MARIA.

¿Me duermo acaso en las pajas?
todo lo tiene arreglado;
ropa fina y bieu sahutada,
mosquitero, guardarropa,
confidente y

D. SIMPLICIO.

¿Las ventanas
ajustan bien?

DOÑA MARIA.

Sí señor.

DOÑA ADELAIDA.

¿Y la gata?

DOÑA MARIA.

Está encerrada
en la carbonera.

D. SIMPLICIO. *A D. Anselmo.*

Entonces
dormiréis como un patriarca.

D. ANSELMO.

Así lo creo: ea señores,
buenas noches.

DOÑA MARIA.

Hasta mañana,
si Dios quiere.

D. DIEGUITO.

Vamos tío.

D. ANSELMO.

Y vd. amable Adelaida

Le toma la mano.

duerma bien, y si por dicha
con ilusiones variadas
se entretiene vuestro sueño,
dejadme pues la esperanza
que la imagen de un amigo
será tan afortunada
que podrá tener lugar
entre ellas.

DOÑA ADELAIDA.

La duda agravia.

D. CLETO. *A doña María y á D. Simplicio bajo.*

¿Le tomó la mano?

DOÑA MARÍA.

Sí.

D. CLETO.

Bueno.

D. ANSELMO.

¡Cuántas veces, cuántas
bendeciré el feliz día
en que ví tan linda cara!

Doña ADELAIDA. *Con disimulo á su madre.*

¡Ay madre que me la aprieta!

D. CLETO. *A doña María.*

¿Qué te dice la muchacha?

D.^a MARIA.

Que se la aprieta.

D. CLETO.

Mejor.

D. SIMPLICIO.

¡Ay Dios, si se la besara!

D. ANSELMO.

No puedo ya resistir
más, mi corazón se inflama,
no sé lo que me sucede,
y pues nada me acobarda
diré á usted. . . .

D. CLETO.

¿Qué dirá vd.?

Doña MARIA. *A D. Cleto.*

¡Calla hombre, no le distraigas!

D. ANSELMO.

Que cuando tanto interesa
la dicha, no se retarda
ni un minuto. ¡Ola, Simón!

SIMON. *Dentro*

Señor.

D. ANSELMO.

Ven pronto.

ESCENA VI.

SIMON y dichos.

SIMON.

¿Qué manda
usted?

D. ANSELMO.

Mañana temprano
busca un notario de fama
para que extienda el contrato
de Dieguito y de Adelaida,
pues yo lo quiero firmar
en levantándome.

D. CLETO.

¡Calla!
¡ahora salimos con ésa!

Doña MARIA.

¡Qué escucho!

D. ANSELMO.

—No te se vaya
el santo al cielo.

SIMON.

Descuide
vd., que con dos plumadas
hay escribano en la corte
que á dos docenas casara.

D. ANSELMO.

Señora á los pies de vd.;
señores hasta mañana.

ESCENA VII.

Dichos menos D. ANSELMO y SIMON.

D. DIEGUITO. *A doña María.*

No dirá vd. que mi tío
no tiene prisa, y...

DOÑA MARIA.

Mal haya
su prisa. Déjeme vd.
en paz.

D. DIEGUITO.

¡Qué dicha!

DOÑA MARIA

¡Qué rabial

D. DIEGUITO.

Salto y brinco de contento;
y pues mi tío me aguarda
para recogerse, voy
si vd. lo permite....

DOÑA MARIA.

Vaya
usted con Dios, y no vuelva
de su sueño hasta la Pascua.

ESCENA VIII.

Dichos, menos DON DIEGUITO.

D. CLETO.

¿Y nosotros dónde vamos?

D.ª MARIA.

A consultar con la almohada
lo que debemos hacer
en tan tristes circunstancias.

D. SIMPLICIO.

Pero antes será muy bueno
que convengamos....

DOÑA MARIA.

Cachaza,
y vénganse ustedes todos
conmigo, que mientras Juan
me pone los papillotes
el plan se hará de campaña.

